



Es solo plata y no amores

EL ROBO DEL SIGLO EN ARGENTINA

HORACIO CONVERTINI. BUENOS AIRES
FOTOGRAFÍAS GENTILEZA DE DIARIO CLARÍN

Todo hombre decente sueña con ser un ladrón de guante blanco. Es la venganza antisistema que uno se permite confesar en público sin que la corrección política lo asfixie de culpa. Imaginemos el golpe a un banco planeado al milímetro como en las películas de George Clooney. Nada de tiros ni muerte; sólo astucia para vencer los dispositivos de seguridad y sangre fría para concretar la fuga con sacas llenas de billetes que alguien, tarde o temprano, repondrá a sus dueños legítimos. O no, que tampoco importa tanto, que si esos fulanos han hecho semejante montaña de dinero ya sabrán como producir otra igual. Ese sueño, esa venganza, se encarnan hoy en el uruguayo Luis Mario Vitette ▶



En las páginas anteriores las fuerzas de élite Grupo Halcón en el momento de irrumpir en el banco. Sobre estas líneas, momento de la salida de rehenes y buzos de la Prefectura Nacional. FOTOS: GERMÁN GARCÍA ADRASTI/DIEGO FERNÁNDEZ OTERO.

Sellanes, supuesto planificador y líder del asalto más ingenioso de la historia argentina. Basta con ver los mensajes de admiración que le escriben sus seguidores en Twitter. Vitette acaba de recuperar la libertad tras haber cumplido parte de su condena. Por ser extranjero, accedió al beneficio de la deportación. En su país, donde no tiene cuentas pendientes con la ley, hace vida de padre y de abuelo, escandaliza con sus declaraciones a la prensa y confiesa un sueño: hacerse rico vendiéndole sus memorias a Hollywood. Del botín, que nunca apareció, no dice nada. Hay una sospecha que agiganta su perfil de estrella de rock: aunque no lo reconozca, él debe de saber dónde están los dólares, acaso ya esté viviendo de ellos y no necesite venderle su alma a la Paramount para gozar de los grandes placeres. Es el final que todos los hombres decentes le desean. A decir verdad, es el final que todos los hombres decentes desearían para sí.

Vitette resultó el personaje luminoso de una banda opaca. Hasta el 13 de enero de 2006, cuando encabezó el asalto al Banco Río de Acassuso, una localidad ubicada 21 kilómetros al norte de Buenos Aires, su historia de delincuentes no había sido en modo alguno la de un genio del delito. Se especializaba en la modalidad "hombre araña": desvalijaba casas desocupadas trepando por los balcones. Y también robaba joyerías. En 1999 fue detenido por primera vez, lo mandaron a la cárcel y al tiempo

lo liberaron bajo fianza. Luego fue sumando causas, todas de nula intensidad mediática. De ese pasado modesto y sin titulares en los diarios se sabe poco. Él saca pecho y dice que alguna vez le robó alhajas a Mirtha Legrand, una de las divas más importantes de la televisión argentina, pero la propia estrella salió rápidamente a desmentirlo. Así, pues, interesa el día en que Vitette se convirtió en Vitette: aquella mañana de verano en que, vestido con un traje gris, primero se volvió misterio y luego, leyenda.

Un dato fundamental: los argentinos que tienen dinero desconfían de su propia moneda y de los bancos. Cincuenta años de confiscaciones y devaluaciones feroces les dan la razón. Pero guardar dólares bajo el colchón tampoco es la salida. Hay que recurrir, entonces, al sistema financiero, ya no para abrir una cuenta de ahorro sino para alquilar una caja de seguridad. Cofres de diferentes tamaños en donde guardar los tesoros de una vida de trabajo o de trampa lejos de la vista y la voracidad del fisco. Según el diario *El Cronista Comercial*, hay dentro de estas alcancías de lujo unos 40 mil millones de dólares. Y los delincuentes lo saben.

El viernes 13 de enero de 2006 ama-

neció llamativamente fresco. Las portadas de los diarios hablaban de una reunión del presidente Néstor Kirchner con un jefe de la diplomacia de los Estados Unidos, de una tragedia en La Meca y del despido de Carlos Bianchi, uno de los entrenadores más ganadores del fútbol argentino, de la dirección técnica del Atlético de Madrid. A las 12.20, cuatro hombres bien vestidos entran al Banco Río de Acassuso, sacan armas y atacan la línea de cajas de atención al público. Suenan la alarma. Llega la Policía Bonaerense y rodea el edificio. Como en la película *Tarde de perros*, los ladrones toman rehenes; en total, veintitrés (catorce clientes y nueve empleados). Comienza una larga y tensa negociación. A las 15.15, sueltan a cuatro y, a cambio, reciben pizza, cerveza y gaseosas. El diálogo, lejos

“EN ARGENTINA HAY 40 MIL MILLONES DE DÓLARES EN COFRES DE SEGURIDAD, NO DECLARADOS, Y LOS DELINCUENTES LO SABEN”

de avanzar, se corta. Crece la inquietud. Los cuerpos de élite de la Policía entran al edificio a las 19.15. Encuentran a los rehenes encerrados en dos oficinas. Están bien. En el subsuelo, hallan un bote en la pared, oculto tras un pesado archivero. Hay cajas de seguridad viola-

das por todas partes. El agujero da a un túnel de dos metros. Bombas cazabobos frenan el avance de los agentes. Interviene la Brigada de Explosivos. Recién a la medianoche logran desactivarlas. Así, descubren que el túnel da a una escalera que desciende 15 metros hasta una cámara con luz y un desagüe pluvial. Las autoridades hablan de una banda ultrasofisticada, de una proeza de ingeniería solo comparable a las Pirámides de Egipto, de meses y meses de trabajo asordado delante de las narices de todos. Como dirá la prensa, abusando del lugar común, un golpe cinematográfico. Del dinero, ni noticias. De los delincuentes,

aún hoy permanece en una nebulosa, no sólo porque se recuperó muy poco, sino porque siendo pasta no declarada, cualquier cálculo puede resultar equivocado.

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

Como si se tratara de un mal tango, el golpe perfecto terminó en desastre por culpa de una mujer despechada: Alicia Di Tullio, hermana de Pepita La Pistoletera, célebre madama de la ciudad de Mar del Plata que se había ganado el apodo baleando a tres hombres que entraron una noche a su casa para matarla. Alicia era, en 2006, pareja de Alberto De la Torre, un ladrón de camiones blindados

relojes de lujo. Fue el hilo del que tiró la Policía para que cayeran los demás: Fernando Araujo, un instructor de artes marciales y pintor de cuadros en tres dimensiones; José Zallocheverría, el transportador de la banda; Sebastián García Bolster, técnico electrónico y mecánico de motos de agua. Todos estaban comprometidos por reconocimientos, filmaciones, entrecruzamientos telefónicos y rastreos satelitales. De la Torre, por ejemplo, aparecía tomado por una cámara del banco vestido de enfermero y con una boina. Solo quedaba atrapar a uno de los ladrones, aquel hombre de traje gris que se había



Una de las lanchas utilizadas para recorrer los 1400 metros entre el banco y el Río de la Plata es recuperada al día siguiente. FOTOS: DIEGO FERNÁNDEZ OTERO/SERGIO GOYA.

menos. Sólo una nota, dejada entre los cofres vaciados: "En barrio de ricachones, sin armas ni rencores, es solo plata y no amores".

Con el transcurrir de los días, la investigación demolerá algunos mitos y creará otros. La cámara y la escalera no habían sido construidas por la banda sino por la empresa Aguas Argentinas, en 2001, para inspeccionar filtraciones en los cimientos. Los ladrones huyeron en dos gomones por un desagüe de cinco metros de diámetro. Habrían levantado un dique con tierra y madera para subir el nivel del agua y permitir la flotabilidad de los botes. Salieron a la superficie por una alcantarilla, donde los esperaban cómplices en una camioneta. Desvalijaron 145 cajas de seguridad. El botín se estimó en 19 millones de dólares, aunque esta cifra

que había estado veinte años preso y que, de nuevo en libertad, sobrevivía con un negocio de venta de teléfonos móviles. El romance entre ambos nació en la cárcel de Batán, donde ella iba seguido a visitar parientes y él cumplía condena. En una visita higiénica, Alicia quedó embarazada y tuvieron un hijo. Cuando él salió en libertad, se fueron a vivir juntos.

Un mes después del golpe al banco, Alicia denunció a su concubino porque este andaba con otra. Herida en su amor propio, la mujer presentó cartas en las que De la Torre de alguna manera admitía el robo, contó que lo había ayudado a secar en el horno el dinero que se había mojado en la fuga y hasta reconoció las armas utilizadas por la banda, algunas de juguete.

Al sospechoso le encontraron 700 mil dólares, 54 monedas antiguas y 33

movido durante el asalto como el líder del grupo, negociando con la Policía con un grado de suficiencia sorprendente. Es decir, Vitette, al que la dolido Alicia también había incriminado.

Si el uruguayo es un genio, tal como lo celebran sus contactos en las redes sociales, cuesta entender por qué, tras huir de la Argentina luego del golpe, regresó en marzo de 2006 con documento falso. Tenía pedido de captura y lo atraparon. Negó haber participado del robo al banco. Fue a la cárcel. Consiguió salidas laborales en 2007. En marzo de 2009 lo sorprendieron desvalijando un piso de un barrio rico de Buenos Aires. Volvió a prisión. Desde allí siguió el juicio a sus cómplices. En los alegatos finales, De la Torre, Araujo, Zallocheverría y García Bolster se declararon inocentes. Dijeron que ja- ▶



Alberto de la Torre, cuya pareja despechada delató a la banda, en arresto domiciliario a la espera del juicio: le caerán 15 años de cárcel que está cumpliendo. FOTO: SERGIO GOYA.

más habían puesto un pie en el banco de Acassuso. Zallocheverría fue más allá y se comparó con Nelson Mandela, el líder sudafricano que pasó 27 años en la cárcel por combatir el segregacionismo racial. Todos fueron condenados.

EL COPYRIGHT DEL ROBO

En el debate oral, que se extendió desde febrero hasta mayo de 2010, se conocieron muchas cosas, entre ellas las cartas de Alberto De la Torre a Alicia Di Tullio ("si traje todo y lo tiré arriba de la cama, era porque iba a compartirlo con vos; no pensaba abandonarte") y el rencor de los negociadores de la Policía con el tonito del hombre del traje gris ("era irónico y nos tomaba el pelo"), pero jamás se supo nada de cómo se gestó el golpe. Quedaron muchas preguntas colgando del aire: ¿de dónde sacaron los planos del banco y del desagüe? ¿Hubo cómplices entre los rehenes o los empleados? ¿Quién corrió desde adentro el pesado archivero que ocultó el boquete y el túnel de la fuga? Si a De la Torre le encontraron casi un millón de dólares y esa era su tajada, ¿quién se quedó con el resto del dinero? ¿Fue el hombre del traje gris el verdadero cere-

bro del asalto? Vitette, entonces, era la clave. Él podía aportar las respuestas que estaban faltando.

Tal vez la mayor astucia del uruguayo haya sido urdir un plan para recuperar la libertad y convertirse en una estrella del delito. Tras negar varias veces su participación en el llamado "robo del siglo", dio una sorprendente vuelta de campana y confesó. Lo condenaron en un juicio abreviado y la pena se sumó a otras hasta totalizar 25 años de prisión. Ni siquiera tuvo que declarar en un debate oral, por lo que no debió responder preguntas incómodas. Y como ya había pasado 13 años encerrado en diferentes períodos pero por los mismos hechos, sus abogados solicitaron que lo deportaran a Uruguay en virtud de un artículo de la Ley de Migraciones que establece que un extranjero puede ser expulsado del país tras cumplir la mitad de su pena. Está claro que no fue un disparo a ciegas. Se trató de una maniobra perfectamente calculada que se completó con un explosivo crecimiento del perfil mediático del personaje.

Vitette se puso a componer letras de cumbia para la banda de su odontólogo personal y, lejos de exponerse ante la

sociedad como la víctima de un sistema penal injusto, reivindicó su condición de delincuente: "Robo para ser, no para tener", deslizó en un alarde existencialista. Se quejó de sus cómplices, de Alicia Di Tullio ("será delatora por el resto de la historia") y plantó una bandera que acaso sea su única genialidad: "Yo tengo el *copyright* del robo al Banco Río de Acassuso. Escribo y digo lo que quiero". Dicho de otro modo: si Spielberg planea hacer con esto una película de aventuras o la BBC un documental, tendrán que venir a golpearme la puerta, y eso significa dinero, mucho dinero, porque el único ladrón del siglo soy yo.

Su expulsión de la Argentina se produjo el sábado 31 de agosto de 2013. Lo sacaron del penal de extrema seguridad de General Alvear bajo un operativo de vigilancia más propio de Hannibal Lecter que de un ladrón con un prontuario lleno de fracasos. Lo llevaron al Aeropuerto de Internacional de Ezeiza. Lo soltaron recién en el avión. Una hora después aterrizaba en Montevideo. Antes de salir a la libertad, pasó por el *duty free* y compró perfumes importados. Afuera lo estaba esperando su hija en un automóvil de alta gama. ■

Yo, el peor de todos...

El llamado "ladrón del siglo" quiere filmar una película sobre su vida, si es posible protagonizada por él mismo. Y desde una remota playa del Uruguay cuenta cómo es la vida en un mundo donde todos son ladrones, todos son policías y todos son culpables hasta que se demuestre lo contrario.

ANTONIO ÁLVAREZ. KIYÚ, URUGUAY
FOTOGRAFÍA: MATILDE CAMPODÓNICO

¿Habrá algo más adorablemente *kitsch* que un delincuente retirado mirando el mar con las manos en los bolsillos?

Luis Mario Vitette, "El ladrón del siglo" sabe que su historia es poco común y sin embargo está sentado en el más común de los lugares.

Dicen que robó 8 millones de dólares de una de las instituciones bancarias más prestigiosas y seguras de Argentina. Y él aclara que podrían ser 19 millones. Se divierte dejando la duda.

Presiente que es el personaje de una película: el muchacho de clase media que un día empuña un revólver y todo sale muy mal.

Y como si todo se tratara de una lección de vida –ingrediente esencial en una *biopic*– el hombre que cometió el error se convierte en delincuente entre delincuentes, en el mejor de los peores.

El prontuario policial de Luis Mario Vitette Sellanes comenzó a escribirse el 28 de mayo de 1976 en su ciudad natal, San José de Mayo, situada a unos 100 kilómetros de Montevideo.

El hecho ocurrió en una gasolinera. Según las crónicas, atropelló a la víctima y la pasó cuatro veces por encima.

"Es algo que todavía hoy no me deja dormir", dice.

En general cuando suelen preguntarle por el episodio, él responde con una jerga más carcelaria: "tengo Alzheimer, no me acuerdo de nada".

Vitette nunca había visto a la víctima, pese a que era una ciudad de 20.000 habitantes. ▶

La justicia lo procesó por robo y homicidio. Si hubo cómplices, nunca fueron encontrados.

Él dice que no estaba solo, pero que se hizo responsable de todo.

“¿Y si no lo maté?”, me pregunta. “¿Y si cubrí a alguien?”

La pregunta debería ser otra: ¿cómo un muchacho prometedor se convirtió en delincuente?

Luis Mario lo tenía todo, incluso una boda de blanco y arroz. Su padre era due-

“YO FUI EL FINANCISTA Y EL EJECUTOR; PUSE 100.000 DÓLARES Y UN AÑO DE TRABAJO”

ño de un hotel y confitería muy conocido. La familia de su novia era dueña del hotel y confitería de la competencia. Eran Montescos y Capuletos pero con el sí de todas las partes.

Los Vitette habían invertido fuerte en la construcción de otro hotel y los problemas financieros dejaron en bancarota a la familia. El padre no pudo pagar los préstamos y, deshonrado por las deudas, se encerró en su casa.

Entonces, el joven Luis Mario pasó del miedo a la incertidumbre a la violencia, sin escalas.

Su primer lugar de reclusión fue el Penal de Punta Carretas, hoy convertido en uno de los más glamorosos centros comerciales de Montevideo.

En la cárcel había montado un taller de relojería, que fue de gran ayuda en su vida como delincuente. Le dio estimables habilidades manuales, un gusto por la precisión y gran conocimiento de receptadores.

Cuando salió en 1986 sabía que su vida no tenía vueltas. Ya era un experto en inseguridad.

En Buenos Aires conoció la noche, los caballos lentos, las mujeres rápidas y todas las drogas. Fueron años de plata fácil.

Habla sin ningún arrepentimiento de aquello. Está parado en estas barrancas agrestes de Kiyú, una playa situada a 140 kilómetros de Buenos Aires, la selva en la que engañó, estafó, encañonó, sobornó y le cagó la vida a algunos de los personajes más astutos y funcionales de su tiempo.

Alejado de todo eso, en esta modesta casita blanca, insufla sus pulmones con el aire limpio del Río de la Plata, el mismo aire que contiene las cenizas de su padre, muerto cuando él estaba en prisión.

Dice que es el único hombre a quien admiró de verdad. Fue quien le pagó clases de guitarra y quiso convertirlo en el penúltimo eslabón de un legado de triunfos, improbable mandato del primer Vitette salido de Reggio Calabria.

Luis Mario no parece un hombre atribulado por esos fantasmas. Es un anfitrión alegre. Muestra cada mueble, cada electrodoméstico, su iPad, sus celulares, cada litera, todo, hasta el más mínimo confort, con lujo de detalles. La explicación es simple: en la cárcel cada objeto costaba mucha plata, la suficiente como para cubrir toda la cadena trófica de corrupción.

Por las dudas aclara que todo lo que veo no le pertenece. Los ladrones, se sabe, roban posesiones de otros, pero paradójicamente no pueden poseer. En todo caso pueden usufructuar, disfrutar, gozar.

-¿Alguna vez te robaron?

-Sí, claro. Muchas veces -responde.

-¿Y cómo se siente?

“Mal, por supuesto -admite-. Me robaron la radio de un deportivo que tenía en Buenos Aires y me pasé madrugadas enteras en el balcón esperando a los chorros. Mi mujer de entonces vino y me dijo: ¿vos te estás mirando? Entonces me reí y dejé el arma en el cajón”.

En el ambiente hay vestigios de un asado multitudinario de la noche anterior. Es que Vitette es un antisocial muy gregario, muy apegado a su círculo de confianza. Le gusta estar cerca de sus hijos y nietos, mantener una relación cordial con exmujeres, y ayudar a los amigos. Parte de sus esfuerzos los dedica a apoyar a un joven valor del karting local.

Está vestido con una camiseta de capucha y pantalones cortos verdes. Es bajo, y aunque tiene unos kilos de más es ágil como una liebre. Lleva un cinturón metalizado, de color dorado, y una cadena que va del bolsillo al cinturón, que también hace juego con el oro de los anillos y de la cadena que tiene en el cuello.

“Los milicos y los chorros -los de rango, aclara- tienen mucho en común. Una

de esas cosas es que nos gusta el oro”.

A la vista no hay lujos. La única señal de poder adquisitivo es una camioneta de alta gama.

¿Dónde están los millones? ¿Se fueron desde las cloacas sin escalas hacia un paraíso fiscal? ¿Salió del país en helicóptero y en aviones, apenas minutos después del asalto?

Vitette dice que todo eso es una fantasía de la crónica roja.

Por este episodio clave en su vida la prensa lo bautizó “el hombre del traje gris”.

Así estaba vestido ese día de enero de 2006. Era el simpático charlatán que mantuvo a raya a los 23 rehenes y a los negociadores de la Policía Federal. Usaba alternativamente dosis de humor, sentido del *tempo* y una paciencia amenazante, mientras por debajo se procesaba un verdadero acto de prestidigitación.

A Vitette le encanta adornar su obra maestra con momentos de ternura: “Yo decidí liberar a las embarazadas. Y a una viejita le digo que se vaya, y ella me contesta: *Aquel hombre que está allá es mi marido. Sin él no me voy.* Entonces yo le respondo: *bueno, señora, entonces se van los dos.* Y hasta historia de amor tuvimos. ¿Qué te parece?”.

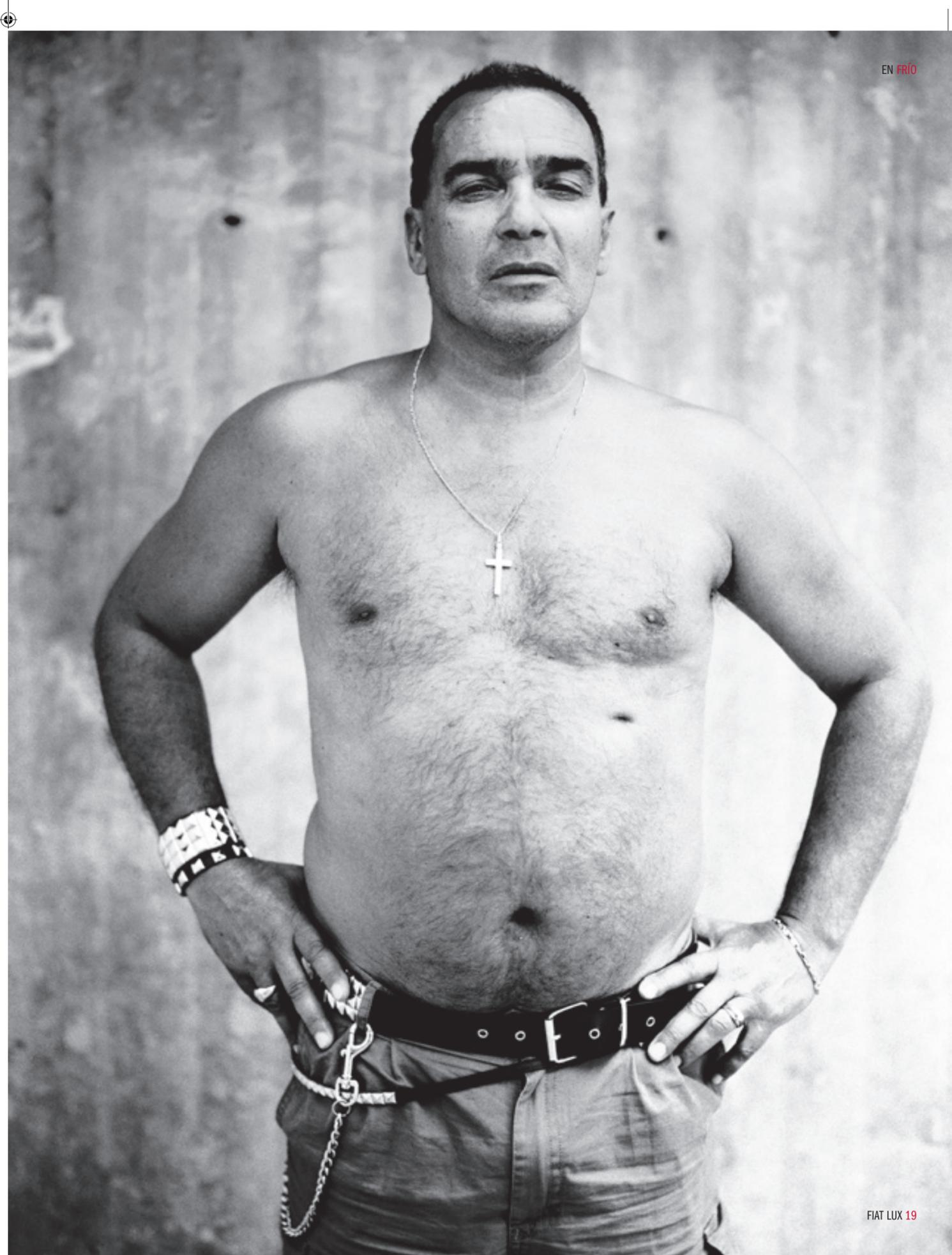
Algunos creen que no fue el verdadero “cerebro” del asalto. Según esta teoría, tan poco confiable como todo lo demás, la maniobra fue armada por dos ejecutivos de la Bolsa de Valores, nunca identificados, que proveyeron la logística a cambio de llevarse la parte del león.

Ante esto, responde: “Yo fui el financista y el ejecutor”. Y agrega: “la historia no la escriben los tibios. Puse 100.000 dólares y un año de trabajo en el Banco Santander”(en el momento del robo era Banco Río).

El robo en Acasuso -barrio costero y residencial del Gran Buenos Aires - fue un antes y un después para mucha gente: para los *canas*, para los ahorristas y también para los ladrones.

A partir de entonces la Policía Federal cambió el protocolo para el tratamiento de los asaltos con rehenes. Ahora lleva su apellido, cuenta. Lo dice con los ojos entornados, como recordando un polvo inolvidable: PRO-TO-CO-LO-VI-TE-TTE.

En agosto de 2013, Luis Mario logró burlar la reclusión, aprovechando las ventajas de la Ley de N° 25.871 de “Política Migratoria”.



Todas sus causas abiertas desde 1999 –incluidas estafa, robo, violación de salidas transitorias– se unificaron. En total eran 27 años de prisión pero se acordó reducir la pena a 21.

Con el beneficio del 2x1 (un año de buena conducta equivalente a dos de reclusión) sumó los once años que le permitieron ser deportado.

“¿Extrañas Argentina?”

“Sí, claro. Pero no puedo volver nunca más”.

En 1997, Vitette ya había sido expulsado y violó la medida cautelar. Entonces era conocido como “El Hombre Araña”.

Era el terror que aleteaba en las cornisas de los barrios ricos de Buenos Aires. Se había especializado en robos por escalamiento.

En la cárcel siguió construyendo su leyenda. Escribió los principales *hits* de la banda “Trovadores de Venus” liderada por su dentista, Sergio Zajdenberg. Allí resume gran parte de su pensamiento vivo con dosis de humor y sarcasmo.

Un ejemplo es “Sólo se llora por amores”, que rememora los detalles de “El Robo del Siglo”.

“TEMO A LAS FANTASÍAS DE LOS DEMÁS, HAY QUIENES CREEN QUE TENGO MUCHA PLATA”

No hubo un pez gordo que bancara/ montaron la banda en cooperativa./ Se vivían momentos de tensión/ y una negociación con dudas y engaños/ mientras los chorros le cantaban a una rehén el feliz cumpleaños

En “Muy pronto estaré de juerga” preanuncia de su libertad. El *clip* –mezcla de ritmos uruguayos, murga y candombe– muestra a un hombre vestido de traje gris, bailando, tomando *champagne*, rodeado de putas. El protagonista lleva una enorme máscara de carnaval con sus rasgos.

Este cancionero le dio una gran promoción. “Trovadores de Venus” tiene página web y los temas circulan en Youtube. Tienen miles de visitas y comentarios elogiosos.

El fenómeno Vitette, por así llamarlo, no hubiera tenido esa amplificación sin Buenos Aires y su gusto por un humor negro autoflagelante.

Se sabe un producto típicamente porteño. Sin embargo, allá no deja de ser “el uruguayo” y en Uruguay lo miran bajo la sospecha de ser argentino.

A su favor, Vitette declara ser dos hombres atrapados en el cuerpo de uno.

Luis Mario es el uruguayo. El hombre que toma mate en silencio, el que se siente “un fracasado”, el que recuerda la reprobación de sus padres por ser un ladrón.

Marito, en cambio, es el depredador contestatario, el mago que muestra sus trucos sin miedo a perder el encanto, el truhán a cara descubierta que expide frases como balas: “yo no robo por tener, robo por ser”.

Apenas regresó a Uruguay, sus comentarios en un programa de TV le costaron un juicio del gobierno.

El ministro del Interior Eduardo Bonomi hizo pública una carta responsabilizándolo de querer convertirse en un ejemplo de los “antivalores”.

En su cuenta de Twitter, Marito le dijo “hijo de puta” y “cobarde”. “Enunciás el Estado Nacional y te escudás en la Justicia”, le recriminó.

Lo que en principio parecía una riña de gallos, se transformó en una conversación llena de paradojas.

El “robar por ser y no por tener” sacó a Bonomi de sus casillas. El ministro cree que en

el Uruguay del crecimiento económico hay más gente robando, más gente que lo quiere todo ya, sin esfuerzo ni mérito alguno, o sea el “modelo Vitette” de ser “exitoso”.

“Marito”, el polemista viperino, selló la discusión pasando al contraataque. Le recordó a su adversario el pasado guerrillero. “Usted rapiñó y mató (...) No cumplió la pena (fue liberado en 1985 por una ley de amnistía) (...) ¿Y usted me quiere meter preso a mí?”.

Bonomi y el presidente José Mujica integraron los cuadros del Movimiento de Liberación Nacional –Tupamaros. Aquella guerrilla robó financieras y secuestró embajadores como forma de financiar la revolución. En 1971, el jefe de seguridad carcelaria Rodolfo Leoncino fue asesinado por un comando de cuatro personas, entre quienes estaba el ministro.

Marito no esperaba semejante distinción oficial. Apenas estaba preparado para

iniciar una vida mundana. De hecho, hace algunos días dejó las visitas al *night club* y se puso un traje para concurrir al estreno de *Aída* de Giuseppe Verdi.

Tiene fotos del acontecimiento junto a una sobrina. “Mis ojos ¿ves?”, me dice divertidísimo mostrando el iPad. “¡Están delineados!”.

Le hago notar que es el delincuente más metrosexual que conozco. Se ríe y extiende la mano hacia un pequeño bolso donde hay maquillaje para borrar arrugas.

La apariencia es muy importante para él. Su hija, de 34 años tiene una peluquería en San José y se encarga de retocarle las canas. En las últimas semanas se operó los ojos y pronto se colocará implantes dentales.

Tiene además dos vestidores. El otro está en el cuarto de hotel que alquila en las afueras de San José de Mayo, a unos 40 kilómetros de la casa de playa.

Muchas veces se queda en la ciudad. Allí viven casi todas las personas que le interesan: sus dos hijos (la peluquera y un varón de 38 años), sus nietos, su primera esposa (madre de sus hijos), y su novia actual, una comerciante de la zona.

Vamos a San José, invita Vitette. Viajamos en la gran camioneta dejando atrás los límites de velocidad.

No hay duda: es Marito quien va al volante. Maneja con una sola mano. No para de mirar su celular. Sigue atento a los pitidos que le llegan al iPad, mientras le dice por teléfono a su hija “te amo, te amo mucho” y golpea el volante, frustrado, porque no logra comunicarse por SMS con su excommunity manager, un amigo que se hizo entre pena y pena.

La ruta es estrecha. Esquiva a un pobre ciclista que no imagina con quien se mete. En la radio se escucha *Guitarra Negra* de Alfredo Zitarrosa. ¿Qué tendrán en común un cantor comunista y el “ladrón del siglo”?

Algunos incautos quieren ver detrás de la burla a los ahorristas del Banco Santander una actitud de Robin Hood. “¿Robin Hood? ¡Las pelotas!”, contesta, un poco molesto.

“Sinceramente, yo no quiero que me admiren por lo que hice. En Facebook bloqueo a todos los chorros que quieren ser mis amigos. ¡Que se vayan a cagar!”

Vitette es consciente de la intriga que despierta el “robo del siglo”. Pero sobre todo aquello que aún no se sabe.

Y allí radica gran parte de su magnetismo personal.

En 1990, él dejó las drogas. Todas las drogas, incluido el alcohol y el cigarrillo. Pero como todos los adictos, no deja de serlo jamás: es un adicto a sí mismo.

–Algún día haremos la película, o un documental -explica-. Y entonces sí, a lo mejor cuento cosas que no conté. Hay interés de Serbia, de España.

–¿Qué actor te gustaría que hiciera tu papel?

Vitette se queda mudo. ¿George Clooney? Cara de póker. ¿Brad Pitt? Silencio.

Insisto: ¿Antonio Banderas?

Vitette hace gestos de no entender lo que pregunto.

“A mí”, dice muy suelto de cuerpo. “Me gustaría verme a mí. ¿A quién más? Yo estudié teatro”

Le pregunto sorprendido en qué momento se hizo tiempo para eso.

“Hace años”, confiesa. “Y me sirvió para despistar a la Policía en el robo del banco. No puedo decir el nombre de mi maestro de teatro porque lo comprometo”.

Le pregunto qué cosa no toleraría que se dijera de él en una película o libro sobre su vida. Vitette quiere dejar en claro dos cosas:

a) “Soy rabiosamente heterosexual”.

b) “No soy un violador. A mí me pueden poner a mi hija desnuda, acá en mi cama, y a mí no se me mueve un pelo”.

Compruebo que salió de la zona de confort. Le pregunto si tiene miedo a algo. “A la fantasía de los otros. Hay gente que cree que tengo mucha plata”.

Vitette sigue rutinas de supervivencia como en los tiempos de cárcel. Duerme en distintos sitios y se mueve mucho. En dos meses, la camioneta recorrió más de 10.000 kilómetros.

También se está procurando trabajo. O algo así. Está montando un taller de relojería antigua en el centro de San José. Tendrá como socio a su yerno, Leonardo, de 36 años.

Leonardo Arnold Sarquis es joyero, pero cobró notoriedad en abril por el robo de una caja fuerte en Aiguá, una tranquila localidad situada 180 kilómetros al noreste de Montevideo.

Dentro del cofre blindado había colecciones de relojes, perlas, anillos, etcétera. La víctima era una mujer que cuatro meses antes se radicó en España.

Fue procesado por robo especialmente agravado pero resultó sobreseído unos



meses después, justo cuando Vitette apareció en escena. Su presencia en el juzgado con abogados llamó la atención de muchos medios.

Ahora con Leonardo piensa en la relojería antigua. No quiere oír hablar del caso. Ya pasó, ya fue.

¿Nunca más entonces?, le pregunto. “Nunca más”.

A su lado salta un perro pulguiento al que llama Calerga. No sabe de dónde salió el nombre.

Es un atardecer espectacular de fin de la primavera y principios del verano.

Vitette muestra unas fotos en su celular. Son de esta misma playa. Cada día, a la misma hora, saca la misma foto. Algunas con bajante, otras con marea alta.

La misma playa, pero sin embargo no es la misma. ¿Algo de Heráclito, algo de Proust?

Vitette siente que allí hay un asunto para compartir con los demás.

Entonces dibuja un gran renglón imaginario en el aire: “la exposición se va a llamar *Estados*”, decreta.

En este momento dan ganas de preguntarle quién habla, si es Luis Mario o si es Marito, el cuentamusas.

Finalmente se impone el silencio. Vitette pone su teléfono en modo cámara y saca una foto, como para robarle a la tarde un poco de su tibieza.

Mañana será otro día. Lo esperan en el juzgado para declarar por “apología del delito”. ■